



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

¿Hacia un mundo tripolar?
Estados Unidos, Rusia y China en el
nuevo equilibrio de poder

Nicolás Augusto Quadro

¿Hacia un mundo tripolar?
Estados Unidos, Rusia y China en el
nuevo equilibrio de poder

Nicolás Augusto Quadro

Comentarios Estratégicos

N.º 19

MAYO 2025

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el
pensamiento del CARI.

Corrección: Roxana Carbone

Diseño: Trender

Maquetación: Mario Modugno

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina

Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742

Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

¿Hacia un mundo tripolar? Estados Unidos, Rusia y China en el nuevo equilibrio de poder

Nicolás Augusto Quadro*

Introducción

El sistema internacional podría estar atravesando un momento de inflexión comparable a los grandes hitos de las relaciones internacionales, como Westfalia (1648), Viena (1815) o Yalta (1945). Lejos de una “nueva guerra fría” o un mundo multipolar, **se estaría gestando un orden mundial tripolar entre Estados Unidos, China y Rusia.**

El objetivo de esta lectura es abrir el debate sobre esta configuración emergente, aún difusa, pero con implicancias estratégicas profundas.

De la unipolaridad a la fragmentación del orden internacional

Tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, el sistema internacional quedó determinado por el unipolarismo estadounidense, el cual buscó expandir sus valores y principios a nivel mundial. Se conformó un orden liberal, basado en ideales como la paz democrática, el libre comercio y la supremacía normativa occidental, destinado a regir el comportamiento de las naciones, tal como sostenía Fukuyama (1992) en *El fin de la historia*.

* Estudiante de Relaciones Internacionales en la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF).
Miembro Voluntario del CARI.

Sin embargo, como advirtió Mearsheimer (2001), al intentar imponer principios universales, se desestimaron las dinámicas de poder, lo que generó reacciones adversas por parte de potencias como Rusia y China. En particular, la expansión de la OTAN hacia el este alimentó en Moscú una percepción de cerco estratégico que derivó en la guerra en Ucrania. Este conflicto no solo evidenció la impotencia de toda una arquitectura internacional construida para prevenir este tipo de enfrentamientos, sino que, como sostiene Tokatlian (2024), simbolizó “el fin del período pos-Guerra Fría” y el ingreso a una nueva etapa de transición intersistémica, caracterizada por el retorno de la competencia entre potencias.

Durante la presidencia de Joe Biden, la respuesta estadounidense consistió en la reactivación de la OTAN y en una política de contención simultánea hacia Rusia y China —que, antes del conflicto, habían establecido una “alianza sin límites”—, apostando por un liderazgo global basado en la defensa de valores democráticos frente al autoritarismo. No obstante, esta estrategia impulsó una lógica de bloques antagónicos que redujo la flexibilidad del sistema internacional y lo expuso a una peligrosa espiral de escalada.

Con el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca, Estados Unidos adoptó un giro estratégico en su política exterior que impactó directamente en el equilibrio de poder global: planteó una revisión de alianzas tradicionales como la OTAN, una actitud abiertamente confrontativa hacia la Unión Europea y la normalización de relaciones con Rusia. A través de su política comercial, también cuestionó los cimientos del orden liberal promovido por su país, alterando el tablero político y económico global con el objetivo de reconfigurarlo bajo nuevos términos. En este proceso, el rol de Rusia y China parecen redefinirse.

Señales de una tripolaridad emergente

Desde la perspectiva del realismo estructural, los Estados se ubican dentro del sistema internacional de acuerdo con su poder relativo. Las grandes potencias, al concentrar recursos y capacidades estratégicas superiores, son las que en última

instancia determinan las reglas. Como sostiene Kenneth Waltz (1979), el número de estas define la estructura del sistema en polos, así como las formas de competencia y equilibrio.

Actualmente, Estados Unidos y China constituyen dos polos consolidados de poder global. El estatus de Rusia, en cambio, permanece en disputa y parece estar condicionado por el desenlace de la guerra en Ucrania. Si el resultado le fuera favorable, Moscú podría afianzarse como un tercer polo; de lo contrario, quedaría relegada a un rol de potencia revisionista, aislada y con escaso margen para influir en la definición de las reglas del orden global.

En este contexto, el giro que tomó la política exterior de Estados Unidos bajo Trump adquiere especial relevancia. Con el objetivo de alcanzar una solución negociada al conflicto en Ucrania, la propuesta estadounidense contempla congelar la línea del frente actual, permitiendo a Rusia conservar los territorios que ocupa; reconocer la anexión de Crimea como un hecho consumado; y excluir a Ucrania de una futura membresía en la OTAN. Además, Washington ha mostrado una mayor flexibilidad en foros internacionales, respaldando resoluciones en Naciones Unidas que, al alinearse parcialmente con posiciones sostenidas por Moscú, han generado tensiones con la Unión Europea, aunque no así con China.

Frente a ello, la inquietud europea ante el acercamiento entre Washington y Moscú parece exceder las consideraciones morales o el temor a una agresión militar rusa. En el fondo, parecería haber una preocupación más profunda: la posibilidad de quedar al margen del nuevo equilibrio global. En este sentido, Europa busca evitar la repetición de una lógica de acuerdos geopolíticos sellados sin su participación —como ocurrió en Yalta— que la conviertan en objeto, más que en sujeto, del reordenamiento estratégico. No desea una Ucrania dividida o neutralizada, como sucedió con Alemania durante la Guerra Fría, ya que implicaría aceptar que el destino del continente puede decidirse sin su intervención. No obstante, su capacidad de influencia es limitada, tanto por su dependencia respecto a Estados Unidos como por sus propias debilidades internas.

En el fondo, el conflicto en Ucrania parece ser el escenario donde se redefine el lugar de Europa y Rusia en el orden mundial. A pesar de las tensiones abiertas, podría observarse una forma de entendimiento tácito entre Estados Unidos, Rusia y China en favor de un nuevo equilibrio global, con un incipiente reparto de zonas de influencia.

Algunos indicios permiten pensar en esta dirección: Trump ha evitado intervenir de forma decisiva frente a la creciente proyección china en torno a Taiwán; Moscú y Pekín no han manifestado una oposición abierta frente a ciertas iniciativas de proyección hemisférica estadounidense —como su interés sobre Groenlandia o incluso Canadá—; y, más recientemente, el canal directo abierto entre Estados Unidos y Rusia en torno a Ucrania y las concesiones de territorio.

Otro escenario donde se puede advertir este nuevo juego es el modo en que se llevan a cabo actualmente las **negociaciones sobre el programa nuclear iraní**. A diferencia de lo que ocurrió en 2015 con la firma del Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC), donde el acuerdo fue alcanzado por un marco multilateral que incluía a los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, más Alemania y la Unión Europea, en la actualidad ese modelo ha sido reemplazado por una lógica completamente distinta. Hoy, Estados Unidos negocia de forma bilateral con Irán, sin intermediación de marcos multilaterales amplios, mientras que Rusia y China refuerzan sus propios vínculos estratégicos con Teherán: Moscú, por un lado, acaba de elevar sus relaciones con Irán al estatus de “asociación estratégica integral”; Beijing, por otro lado, recibió al canciller iraní, quien mantuvo conversaciones centradas en el “avance de las negociaciones indirectas con Estados Unidos”. Ninguna otra potencia o actor internacional relevante, como la Unión Europea, el Reino Unido o la ONU, participa activamente en las discusiones. Este dato no es menor: revela un cambio profundo en el funcionamiento del sistema internacional.

Esta dinámica triangular, en la que Estados Unidos, Rusia y China intervienen en los mismos escenarios, pero sin compartir mesas de negociación comunes, re-

emplaza el paradigma multilateral por uno de rivalidad controlada, en el que cada actor busca consolidar su influencia sin permitir a los otros alcanzar la hegemonía. La diplomacia, en este contexto, ya no se basa en valores universales o instituciones globales, sino en relaciones de poder.

Tres potencias, un sistema: la dinámica de la tripolaridad

En este escenario, la narrativa de una nueva guerra fría entre Estados Unidos y China resulta insuficiente para describir la complejidad de un sistema en el que Rusia emerge como tercer vértice clave. Tampoco puede referirse a este nuevo orden como “multipolar”, ya que, en la práctica, solo tres países reúnen los atributos de una superpotencia. **La tripolaridad no es solo una cuestión de número, sino de concentración de poder:** la arquitectura del poder mundial gira alrededor de un triángulo que excluye a otros actores —como la Unión Europea, India, Brasil o Japón— cuyas capacidades son limitadas o dependientes.

No se trata tampoco de una trilateralidad cooperativa, sino más bien de una dinámica de equilibrio triangular, tal como conceptualizó Henry Kissinger durante la Guerra Fría: un juego a tres bandas, donde **cada potencia busca evitar la alianza de las otras dos en su contra**, mientras aprovecha alianzas tácticas y temporales según sus intereses.

Para concluir, este nuevo orden, si llega, será tenso, no armonioso para las potencias de segundo orden, y mucho menos para el resto de los países que quedarán en el medio de los intereses de los tres grandes.

Referencias

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.

Kissinger, H. (2014). *Orden mundial*. Debate.

Mearsheimer, J. (2001). *La tragedia de la política de las grandes potencias*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Tokatlian, J. G. (2024). *Consejos no solicitados sobre política internacional*. Siglo XXI.

Waltz, K. N. (1979). *Teoría de la política internacional*. Grupo Editor Latinoamericano.

